

APUNTE

“LA TEORÍA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES”

Adam Smith

Curso : EH27A-03, Ciencias Sociales

Profesor: Andrés Monares

Sección: Humanidades

Andrés Bello

Adam Smith:

La teoría de los sentimientos morales

Versión española y estudio preliminar de
Carlos Rodríguez Braun

EH27A-03

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



®

12 originales

maligno, incluso en una criatura tan endeble e imperfecta como el hombre.

Hay que subrayar también que la presente investigación no aborda una cuestión de derecho, por así decirlo, sino una cuestión de hecho. No examinamos aquí las circunstancias bajo las cuales un ser perfecto aprobaría el castigo de las acciones malas, sino bajo qué principios una criatura tan débil e imperfecta como el ser humano lo aprueba de hecho y en la práctica. Es evidente que los principios que acabo de mencionar ejercen un vigoroso impacto sobre sus sentimientos, y que así sea parece sabiamente ordenado. La existencia misma de la sociedad exige que la malignidad no merecida ni provocada sea restringida mediante castigos apropiados, y por consiguiente que el infligir esos castigos sea considerado algo correcto y loable. Entonces, aunque el hombre está naturalmente dotado de un deseo del bienestar y la preservación de la sociedad, el Autor de la naturaleza no ha confiado a su razón el descubrir que una aplicación punitiva determinada es el medio apropiado para alcanzar dicho fin; en cambio, lo ha dotado con una aprobación inmediata e instintiva de la aplicación que es más conveniente para alcanzarlo. La economía de la naturaleza es en este aspecto del mismo tenor que resulta en muchas otras ocasiones. Con relación a todos aquellos fines que por su peculiar importancia pueden ser considerados, si se permite la expresión, como fines favoritos de la naturaleza, ella ha dotado constantemente de esta manera a las personas de un apetito no sólo por el fin que se propone sino también por los medios a través exclusivamente de los cuales ese fin puede lograrse, y a causa sólo de esos medios, independientemente de su tendencia a producir el fin. Así, la conservación y la propagación de la especie son los grandes fines que la naturaleza parece haberse propuesto en la formación de todos los animales. Los seres humanos están dotados de un deseo de tales objetivos y una aversión por los opuestos, un amor la vida y un temor a la muerte, un deseo de continuar y perpetuar la especie y una aversión ante la idea de su total extinción. Pero aunque estemos así dotados de un deseo muy intenso de dichos fines, no se ha confiado a la lenta e incierta determinación de nuestra razón el descubrir los medios adecuados para conseguirlos. La naturaleza nos ha dirigido hacia la mayor parte de ellos mediante instintos originales e inmediatos. El hambre, la sed, la pasión que atrae a los sexos, el gusto por el placer, el rechazo al dolor, nos impulsan a aplicar esos medios por ellos mismos, sin ninguna consideración a su tendencia a los benéficos fines que el gran Director de la naturaleza intentó realizar a través de ellos.

Antes de concluir esta nota, debo subrayar una diferencia entre la

aprobación de lo que es correcto y de lo que es meritorio o benéfico. Antes de que aprobemos los sentimientos de una persona en tanto que correctos y adecuados a sus objetivos, debemos no sólo ser afectados del mismo modo que ella, sino que debemos percibir esa armonía y correspondencia de sentimientos entre nosotros y ella. Así, aunque cuando me entero de una desgracia que ha sufrido un amigo yo pueda concebir precisamente el grado de inquietud que él tiene, hasta que pueda saber la forma en que se comporta, hasta que perciba la armonía entre sus emociones y las mías, no puede decirse que apruebe los sentimientos que influyen sobre su conducta. La aprobación de la corrección requiere por tanto no sólo que simpaticemos totalmente con la persona que actúa sino que percibamos dicho acuerdo perfecto entre sus sentimientos y los nuestros. Por el contrario, cuando llega a mis oídos el beneficio cosechado por otra persona, cualquiera sea la forma en que el beneficiario haya sido afectado por él, si al asumir su situación yo siento gratitud en mi pecho, necesariamente aprobaré la conducta de su benefactor y la consideraré como un objeto meritorio y digno de ser recomendado. El que la persona beneficiada albergue gratitud o no, evidentemente no puede modificar un ápice nuestros sentimientos con relación al mérito del benefactor. En consecuencia, no se necesita aquí ninguna correspondencia de sentimientos. Basta con saber que nuestros sentimientos se corresponderían si ella fue agradecida; nuestro sentido del mérito se funda a menudo sobre esas simpatías ilusorias, por las cuales, al asumir nosotros el caso de un tercero, con frecuencia quedamos afectados de una manera que la persona protagonista es incapaz de experimentar. Existe una diferencia similar entre nuestra desaprobación del demérito y de la impropiedad.

Así sucede que el ser humano, que sólo puede subsistir en sociedad, fue preparado por la naturaleza para el contexto al que estaba destinado. Todos los miembros de la sociedad humana necesitan de la asistencia de los demás y de igual forma se hallan expuestos a menoscabos recíprocos. Cuando la ayuda necesaria es mutuamente proporcionada por el amor, la gratitud, la amistad y la estima, la sociedad florece y es feliz. Todos sus integrantes están unidos por los gratos lazos del amor y el afecto, y son por así decirlo impulsados hacia un centro común de buenos oficios mutuos.

Pero aunque la asistencia necesaria no sea prestada por esos motivos tan generosos y desinteresados, aunque entre los distintos miembros de la sociedad no haya amor y afecto recíprocos, la sociedad, aunque menos feliz y grata, no necesariamente será disuelta. La sociedad de personas distintas puede subsistir, como la de comerciantes distintos, en razón de su utilidad, sin ningún amor o afecto-

to mutuo; y aunque en ella ninguna persona debe favor alguno o está en deuda de gratitud con nadie, la sociedad podría sostenerse a través de un intercambio mercenario de buenos oficios de acuerdo con una evaluación consensuada.

Pero la sociedad nunca puede subsistir entre quienes están constantemente prestos a herir y dañar a otros. Al punto en que empieza el menoscabo, el rencor y la animadversión recíprocos aparecerán, todos los lazos de unión saltarán en pedazos y los diferentes miembros de la sociedad serán por así decirlo disipados y esparcidos por la violencia y oposición de sus afectos discordantes. Si hay sociedades entre ladrones y asesinos, al menos deben abstenerse, como se dice comúnmente, de robarse y asesinarse entre ellos. La beneficencia, por tanto, es menos esencial para la existencia de la sociedad que la justicia. La sociedad puede mantenerse sin beneficencia, aunque no en la situación más comfortable; pero si prevalece la injusticia, su destrucción será completa.

Así, aunque la naturaleza exhorta a las personas a obrar benéficamente, por la placentera conciencia de la recompensa merecida, no ha juzgado necesario vigilar y forzar esa práctica mediante el terror del escarmiento merecido en caso de su omisión. Es el adorno que embellece el edificio, no la base que lo sostiene, y por ello bastaba con recomendarlo y no era en absoluto indispensable imponerlo. La justicia, en cambio, es el pilar fundamental en el que se apoya todo el edificio. Si desaparece entonces el inmenso tejido de la sociedad humana, esa red cuya construcción y sostenimiento parece haber sido en este mundo, por así decirlo, la preocupación especial y cariñosa de la naturaleza, en un momento será pulverizada en átomos. Para garantizar la observancia de la justicia, en consecuencia, la naturaleza ha implantado en el corazón humano esa conciencia del desmerecimiento, esos terrores

del castigo merecido que acompañan a su quebrantamiento, como las principales salvaguardias de la asociación de los seres humanos, para proteger al débil, sujetar al violento y sancionar al culpable. Aunque los hombres tienen simpatía natural, sienten muy poco hacia alguien con quien no mantienen una conexión especial en comparación con lo que sienten hacia sí mismos; la miseria de alguien que sólo es un semejante resulta de importancia insignificante para ellos en comparación a una minúscula comodidad propia; gozan de un considerable poder para hacerle daño y pueden tener tantas tentaciones de hacerlo que si ese principio no se interpusiera entre ellos en defensa del débil y los intimidara para respetar su inocencia estarían permanentemente listos para atacarlo, como bestias salvajes; en tales circunstancias una persona entraría a una asamblea de personas igual que a una jaula de leones.

En todo el universo vemos cómo los medios se ajustan con esmero a los fines que están destinados a producir; y en el mecanismo de una planta o un cuerpo animal admiramos cómo cada cosa es diseñada para alcanzar los dos mayores propósitos de la naturaleza, el mantenimiento del individuo y la propagación de la especie. Pero en estos objetos y en todos los otros parecidos distinguimos las causas eficiente y final de sus diversos movimientos y organizaciones. La digestión de la comida, la circulación de la sangre y la secreción de los distintos jugos que de allí derivan son todas ellas operaciones necesarias para los grandes objetivos de la vida animal. Pero nunca procuramos explicarlas a partir de esos objetivos sino de sus causas eficientes, ni nos imaginamos que la sangre circula y la comida es digerida por su propia cuenta, y con vistas a o la intención de alcanzar los objetivos de la circulación o la digestión. Las ruedas del reloj están todas ellas admirablemente ajustadas al fin para el que han sido hechas: indicar la hora. Todos sus múltiples

2. Mayores ventajas - Mantenimiento individual
Vot. - Propagar la especie

movimientos conspiran escrupulosamente para producir ese efecto. No podrían hacerlo mejor si estuvieran dotados de un deseo o intención de conseguirlo. Pero nunca les atribuimos a ellos ningún deseo o intención, sino al relojero, y sabemos que son puestas en movimiento por la acción de un resorte, cuyas intenciones con relación al efecto que genera son tan pequeñas como las suyas. Aunque al explicar las operaciones de los cuerpos siempre distinguimos de esa forma la causa eficiente de la causa final, al dar cuenta de las de la mente somos propensos a confundirlas. Cuando principios naturales nos impulsan a promover fines que una razón refinada e ilustrada nos aconsejarían, tenemos la tendencia a imputar a esa razón, en tanto que causa eficiente, los sentimientos y acciones mediante los cuales promovemos dichos fines, y a imaginar que es sabiduría del hombre lo que en realidad es sabiduría de Dios. En una visión superficial esa causa parece suficiente para producir los efectos que se le adscriben, y el sistema de la naturaleza humana parece ser más simple y aceptable cuando todas sus diversas operaciones son de ese modo deducidas de un solo principio.

se le debe dar rienda suelta o hay que constreñirlo. Lo que es grato a nuestras facultades morales es justo, recto y apropiado que se haga; y lo contrario es incorrecto, injusto e inapropiado. Los sentimientos que aprueban son honorables y decentes; los contrarios son deshonrosos e indecentes. Las propias palabras: bien, mal, correcto, incorrecto, honroso, deshonroso, sólo refieren lo que agrada o desagrad a dichas facultades.

Como es claro que se pretendió que ellas fueran los principios gobernantes de la naturaleza humana, las reglas que prescriben han de ser consideradas como mandamientos y leyes divinas, promulgadas por esos vicegerentes que han establecido dentro de nosotros. Todas las normas generales son comúnmente denominadas leyes; así, las reglas generales que siguen los cuerpos en la comunicación del movimiento se llaman leyes motrices. Pero las pautas generales que siguen nuestras facultades morales al aprobar o condenar cualquier sentimiento o acción que se someta a su examen pueden ser consideradas leyes con mucha más propiedad. Se parecen mucho más a las leyes propiamente dichas, las normas generales que el soberano promulga para orientar el proceder de sus súbditos. Igual que ellas, son reglas que dirigen la libre actuación de las personas: con mayor certeza son prescritas por un superior legítimo y también vienen acompañadas de premios y castigos. Esos vicegerentes de Dios que tenemos dentro de nosotros jamás dejan de castigar su quebrantamiento con los tormentos de la vergüenza interior y la autocondena, y en cambio siempre retribuyen la obediencia con la paz de espíritu, el contento y la autosatisfacción.

Otras innumerables consideraciones sirven para confirmar la misma conclusión. La felicidad de los seres humanos, así como la de todas las demás criaturas racionales, parece haber sido el propósito original del Autor de la

naturaleza que les dio el ser. Ningún otro fin es digno de esa sabiduría suprema y benignidad divina que necesariamente le asignamos; esta opinión, a la que arribamos por la abstracta consideración de sus infinitas perfecciones, es aún más confirmada por el examen de las obras de la naturaleza, cuya intención parece siempre la promoción de la felicidad y la protección frente a la desgracia. Al obrar conforme a los dictados de nuestras facultades morales, necesariamente buscamos los medios más efectivos para promover la felicidad de la humanidad y por ello cabe argumentar que en algún sentido cooperamos con la Deidad y ayudamos en la medida de nuestras posibilidades al plan de la providencia. Si actuamos de otra manera en alguna medida obstaculizamos la estrategia que el Autor de la naturaleza ha diseñado para la felicidad y perfección del mundo, y en alguna medida nos declaramos, por así decirlo, enemigos de Dios. De ahí que naturalmente esperamos su favor y recompensa extraordinarios en un caso, y nos espanta su venganza y castigo en el otro.

Existen además muchas otras razones y muchos otros principios naturales que tienden a confirmar e inculcar la misma sana doctrina. Si consideramos los criterios generales por los cuales la prosperidad y la adversidad exteriores son habitualmente distribuidas en esta vida, comprobaremos que a pesar del desorden que parece reinar entre las cosas de este mundo, incluso aquí cada virtud encuentra naturalmente su retribución correspondiente, con la recompensa más idónea para estimularla y animarla; y esto es tan evidente que se requiere una confluencia muy extraordinaria de acontecimientos para frustrarla totalmente. ¿Cuál es la remuneración más adecuada para estimular el trabajo, la prudencia y la circunspección? El éxito en las empresas. ¿Y es acaso posible que en toda una vida esas virtudes fracasen en conseguirlo? La riqueza y los honores externos son su premio más apropiado, y es

una recompensa que difícilmente dejen de adquirir. ¿Cuál es la retribución más adecuada por impulsar la práctica de la verdad, la justicia y el humanitarismo? La confianza, estima y afecto de quienes nos rodean. El humanitarismo no desea ser insigne sino ser amado. La verdad y la justicia no se regocijan en las riquezas sino en ser confiadas y creídas, recompensas que tales virtudes casi siempre consiguen. Por circunstancias muy extraordinarias e infelices una buena persona puede ser sospechosa de un delito del que es totalmente incapaz, y ser por ello muy injustamente expuesta durante el resto de su vida al horror y aversión de la humanidad. Por un accidente de este tenor puede decirse que lo pierde todo, pese a su integridad y su justicia, de igual manera que una persona cautelosa, a pesar de su máxima circunspección, puede hundirse en la ruina a causa de un terremoto o una inundación. Los accidentes del primer tipo, empero, son quizá más raros y aún más opuestos al curso normal de las cosas que los del segundo, y sigue siendo válido que la práctica de la verdad, la justicia y el humanitarismo es un método seguro y casi infalible para adquirir las virtudes a las que básicamente apuntan: la confianza y el aprecio de quienes nos rodean. Una persona puede ser muy fácilmente tergiversada en lo que respecta a un acto concreto, pero no es posible que lo sea con relación al tenor general de su comportamiento. Puede creerse que un inocente ha hecho algo malo, aunque no es frecuente que ocurra. Por el contrario, la opinión establecida sobre la inocencia de su proceder nos llevará a menudo a absolverlo cuando en realidad es culpable, a pesar de una fuerte presunción en su contra. De la misma forma, un truhán puede eludir la crítica o incluso granjearse el aplauso por una bellquería en la que su proceder no es comprendido. Pero una persona no puede comportarse sistemáticamente de una manera sin ser universalmente reconocida por ello, y no será con

frecuencia sospechosa de culpa cuando en realidad es por completo inocente. Y en la medida en que el vicio y la virtud pueden ser sancionados o premiados por los sentimientos y opiniones de los seres humanos, resulta que en el curso normal de las cosas ambos tropiezan incluso aquí con algo más que una justicia precisa e imparcial.

Aunque las reglas generales por las que la prosperidad y la adversidad resultan comúnmente distribuidas, cuando son consideradas de esta manera desapasionada y filosófica, parecen perfectamente ajustadas a la situación de la humanidad en esta vida, no son en absoluto ajustadas a algunos de nuestros sentimientos naturales. Nuestro apego natural y admiración hacia algunas virtudes es tal que nos gustaría derramar sobre ellas toda suerte de honores y recompensas, incluso los que admitimos que corresponden a otras cualidades que no siempre acompañan a esas virtudes. Por otro lado, nuestro rechazo a algunos vicios es tal que desearnos arrojar sobre ellos toda suerte de desgracias y desastres, sin exceptuar aquellas que son consecuencia natural de cualidades muy dispares. La magnanimidad, la liberalidad y la justicia atraen tanta admiración que deseamos verlas coronadas con riqueza, poder y honores de toda clase, que son efectos naturales de la prudencia, la laboriosidad y la dedicación, cualidades éstas con las que dichas virtudes no están inseparablemente conectadas. El fraude, la falsedad, la brutalidad y la violencia, por otra parte, avivan en cada pecho humano tanto desprecio y aborrecimiento que nuestra indignación se revuelve al comprobar que poseen los beneficios que en algún sentido puede decirse que merecen por la diligencia y el esfuerzo que a veces los acompañan. El truhán laborioso cultiva la tierra; la buena persona indolente la deja sin cultivar. ¿Quién debe quedarse con la cosecha, quién pasará hambre y quién nadará en la abundancia? El curso natural de las cosas decide en favor del truhán,

mientras que los sentimientos naturales de la humanidad apoyan a la persona virtuosa. Según la opinión humana las buenas cualidades del primero son muy exageradamente recompensadas con las ventajas que tienden a procurarle, mientras que las omisiones de la segunda son muy exageradamente penalizadas por la miseria que naturalmente tienden a producirle. Y las leyes humanas, las consecuencias de los sentimientos humanos, confiscan la vida y las propiedades del traidor laborioso y prudente, y premian con extraordinarias recompensas la fidelidad y el espíritu cívico del buen ciudadano imprevisor y negligente. Así dirige la naturaleza al hombre para que en alguna medida corrija la distribución de los bienes que ella misma habría realizado en otras circunstancias. Las reglas que para este propósito lo impulsan a cumplir son distintas de las que ella misma observa. Ella confiere a cada virtud y a cada vicio el premio o castigo más apropiado para animar la primera y desanimar el segundo. Está orientada por esa exclusiva consideración y presta escasa atención a los diversos grados de mérito y de demérito que parezcan poseer para los sentimientos y pasiones del género humano. El hombre, por el contrario, sólo atiende a esto último, y procura hacer que el estado de cada virtud guarde una proporción exacta con el grado de aprecio y estima, y el de cada vicio con el grado de desdén y aborrecimiento, con el que él mismo los juzga. Las reglas que sigue la naturaleza son apropiadas para ella y las que sigue el hombre lo son para él, pero ambas están calculadas para promover el mismo gran fin, el orden del mundo y la perfección y felicidad de la naturaleza humana.

Pero aunque el ser humano altera de ese modo la distribución de las cosas que los acontecimientos naturales habrían producido por sí solos, aunque, como los dioses de los poetas, él se interpone constantemente por medios extraordinarios para favorecer la virtud y conspirar contra

el vicio, y como ellos intenta desviar la flecha que apunta a la cabeza del probo y acelerar la espada destructora que se alza en contra del malvado, no puede en absoluto hacer que la suerte de ambos resulte adecuada a sus propios sentimientos y deseos. El curso natural de las cosas no puede ser totalmente controlado por los impotentes afañes del hombre: la corriente es demasiado rápida y demasiado poderosa como para que pueda interrumpirla, y aunque las reglas que la dirigen fueron estipuladas con los mejores y más sabios propósitos, a veces generan efectos que escandalizan todos sus sentimientos naturales. El que un grupo numeroso de personas prevalezca sobre uno reducido, el que quienes acometen una empresa con previsión y toda la preparación necesaria prevalezcan sobre quienes se les oponen sin haberlo hecho así, y el que cada fin deba ser alcanzado sólo por los medios que la naturaleza ha establecido para lograrlo, parece una regla no sólo necesaria e inevitable en sí misma sino incluso útil y adecuada para suscitar la laboriosidad y la consideración de la especie humana. Pero cuando, como consecuencia de esta regla, la violencia y los ardides prevalecen sobre la sinceridad y la justicia ¡cuánta indignación excita en el pecho de cada espectador, cuánta aflicción y compasión por los sufrimientos del inocente, cuán furioso enojo contra el éxito del opresor! Estamos a la par dolidos y encolerizados por el mal que se ha hecho, pero a menudo comprobamos que no está en nuestra mano el repararlo. Cuando perdemos por ello la esperanza de encontrar una fuerza en la tierra que pueda poner coto a la victoria de la injusticia, naturalmente apelamos al cielo y confiamos en que el gran Autor de nuestra naturaleza ponga en práctica de ahí en adelante todo lo que los principios que nos han dado para dirigir nuestra conducta nos compelan a acometer aquí, que pueda completar el plan que él mismo nos ha enseñado a comenzar y que en una vida futura

dará a cada uno según lo que haya hecho en este mundo. De tal manera llegamos a creer en un estado futuro, no sólo por las esperanzas y temores de la naturaleza humana sino por los mejores y más nobles principios que le corresponden, por el amor a la virtud y por la execración del vicio y la injusticia.

El elocuente y filosófico obispo de Clermont, con esa apasionada y exageradora fuerza de la imaginación que a veces parece vulnerar las fronteras del decoro, dice lo siguiente: «¿Es propio de la grandeza de Dios el dejar al mundo que ha creado en un desorden tan universal, el ver que el perverso domina casi siempre al justo, que el inocente es destronado por el usurpador, que el padre se convierte en víctima de la ambición de un hijo desnaturalizado, que el marido expira bajo el golpe de una esposa bárbara e infiel? ¿Debería Dios contemplar estos tristes acontecimientos desde las cumbres de su grandeza como si fueran una fantástica diversión y no entrometerse para nada en ellos; porque es grande, debería ser débil, injusto o bárbaro; porque los hombres son insignificantes, debería permitirse que fueran disolutos sin sanción o virtuosos sin recompensa? ¡Oh, Señor! Si tal es la naturaleza de tu Ser Supremo, si eres realmente tú a quien adoramos bajo estas pavorosas ideas, no puedo reconocerte ya como padre, protector, confortador de mi pesar, soporte de mi flaqueza y recompensador de mi fidelidad. En tal caso no serías más que un tirano indolente y místico, que sacrifica la raza humana a su insolente vanidad y que la ha extraído de la nada sólo para entretener su ocio o su capricho».

Cuando las reglas generales que determinan el mérito y el demérito de los actos llegan de ese modo a ser consideradas como las leyes de un Ser todopoderoso, que vigila nuestra conducta y que en una vida del porvenir retribuirá su observancia y penalizará su incumplimiento, necesari-

amente adquirieren merced a esta consideración una nueva santidad. Nadie que crea en la existencia de la Deidad dudará de que nuestro respeto a su voluntad debería ser la norma suprema de nuestro comportamiento. La sola idea de desobedecer parece implicar la incorrección más espantosa. ¡Qué vano y absurdo sería para el ser humano oponerse o ignorar los mandamientos que le fueron dictados por la Sabiduría Infinita y el Poder Infinito! Qué antinatural, qué impiamente ingrato sería no reverenciar los preceptos que le fueron prescritos por la bondad infinita de su Creador, incluso aunque su violación no comportara castigo alguno. Aquí también el sentido de la corrección está bien amparado por las más intensas motivaciones del propio interés. La idea de que por más que escapemos de la mirada humana o estemos fuera del alcance de la sanción humana, perpetuamente estamos bajo la mirada y expuestos al castigo de Dios, el egregio vengador de la injusticia, es un motivo capaz de domar las pasiones más obstinadas, al menos en quienes por una constante reflexión se han familiarizado con esa idea.

Así es como la religión refuerza nuestro sentido natural del deber y por esa razón los seres humanos están generalmente dispuestos a confiar mucho en la honradez de quienes parecen sumamente imbuidos de sentimientos religiosos. Imaginan que esas personas actúan con una rectitud añadida a las que regulan la conducta de los demás. Piensan que la atención a la corrección de los actos además de a la reputación, la atención al aplauso de su propio pecho además del de los otros, son impulsos que tienen idéntica influencia sobre la persona religiosa que sobre la seglar. Pero la primera tiene un freno adicional y nunca actúa voluntariamente sino como si estuviese en presencia de ese Gran Superior que finalmente la recompensará de acuerdo con lo que haya hecho. Por eso se deposita una mayor confianza en la regularidad y rectitud

y noble, cuya consecución bien vale todo el esfuerzo y desvelo que estamos tan dispuestos a dedicarles.

Y está bien que la naturaleza nos engañe de esa manera. Esta superchería es lo que despierta y mantiene en continuo movimiento la laboriosidad de los humanos. Fue eso lo que les impulsó primero a cultivar la tierra, a construir casas, a fundar ciudades y comunidades, a inventar y mejorar todas las ciencias y las artes que ennoblecen y embellecen la vida humana; lo que ha cambiado por completo la faz de la tierra, que ha transformado las rudas selvas de la naturaleza en llanuras agradables y fértiles, y ha hecho del océano intrasitado y estéril un nuevo fondo para la subsistencia y una gran carretera que comunica las diversas naciones del globo. Por estas labores de la humanidad la tierra fue forzada a redoblar su fertilidad natural y a mantener una multitud mayor de habitantes. De nada le sirve al orgulloso e insensible terrateniente contemplar sus vastos campos y, sin pensar en las necesidades de sus semejantes, consumir imaginariamente él solo toda la cosecha que puedan rendir. Nunca como en su caso fue tan cierto el sencillo y vulgar proverbio según el cual los ojos son más grandes que el estómago. La capacidad de su estómago no guarda proporción alguna con la inmensidad de sus deseos, y no recibirá más que el del más modesto de los campesinos. Se verá obligado a distribuir el resto entre aquellos que con esmero preparan lo poco que él mismo consume, entre los que mantienen el palacio donde ese poco es consumido, entre los que le proveen y arreglan los diferentes oropeles y zarandajas empleados en la organización de la pompa. Todos ellos conseguirán así por su lujo y capricho una fracción de las cosas necesarias para la vida que en vano habrían esperado obtener de su humanidad o su justicia. El producto de la tierra mantiene en todos los tiempos prácticamente el número de habitantes que es capaz de mantener. Los ricos sólo

seleccionan del conjunto lo que es más precioso y agradable. Ellos consumen apenas más que los pobres, y a pesar de su natural egoísmo y avaricia, aunque sólo busquen su propia conveniencia, aunque el único fin que se proponen es la satisfacción de sus propios vanos e insaciables deseos, dividen con los pobres el fruto de todas sus propiedades. Una mano invisible los conduce a realizar casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida que habría tenido lugar si la tierra hubiese sido dividida en porciones iguales entre todos sus habitantes, y así sin pretenderlo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad y aportan medios para la multiplicación de la especie. Cuando la providencia distribuyó la tierra entre unos pocos patronos señoriales ni olvidó ni abandonó a los que parecían haber quedado excluidos del reparto. También éstos disfrutaban de una parte de todo lo que produce. En lo que constituye la genuina felicidad de la vida humana no están en ningún sentido por debajo de quienes parecerían ser tan superiores a ellos. En el desahogo del cuerpo y la paz del espíritu todos los diversos rangos de la vida se hallan casi al mismo nivel, y el pordiosero que toma el sol a un costado del camino atesora la seguridad que los reyes luchan por conseguir.

El mismo principio, el mismo amor por lo sistemático, el mismo aprecio por la belleza del orden, el arte y el ingenio, frecuentemente lleva a recomendar las instituciones que tienden a promover el bienestar general. Cuando un patriota se esfuerza para mejorar cualquier sección de la política pública, su conducta no surge invariablemente de la pura simpatía con la felicidad de quienes recogerán los beneficios de la misma. Cuando un hombre de vocación política aboga por la reparación de las carreteras no lo hace comúnmente porque se sienta solidario con transportistas y carromateros. Cuando el parlamento establece primas y otros estímulos para ayudar a la industria del

Aunque nuestros buenos oficios efectivos en muy contadas ocasiones puedan extenderse a una sociedad más amplia que la de nuestro propio país, no hay fronteras que circunscriban nuestra buena voluntad y puede abarcar la inmensidad del universo. No podemos hacernos a la idea de algún ser inocente y sensible cuya felicidad no debamos desear o por cuya desgracia, cuando seamos necesariamente conscientes de ella, no debamos sentir una determinada aversión. La noción de un ser sensible pero malévolo ciertamente despierta nuestro rechazo, pero la mala voluntad que en este caso sentimos por él es en realidad consecuencia de nuestra benevolencia universal. Es el efecto de la simpatía que experimentamos hacia la miseria y el resentimiento de los otros seres inocentes y sensibles cuya felicidad es perturbada por su malicia.

Esta benevolencia universal, por noble y generosa que sea, no puede representar la fuente de una felicidad verdadera para ninguna persona que no esté profundamente

convencida de que todos los habitantes del mundo, los más ruines y los más insignes, están bajo el inmediato cuidado y protección del magno, benevolente y omisciente Ser que dirige todos los movimientos de la naturaleza y que está decidido, por sus propias inalterables perfecciones, a mantener en ella siempre la mayor cantidad posible de felicidad. En cambio, para esta benevolencia universal la mera sospecha de un mundo huérfano debe ser la más melancólica de las reflexiones: pensar que todas las ignotas regiones del espacio infinito e incomprensible puedan contener nada más que desgracia y miseria ilimitadas. Todo el esplendor de la mayor prosperidad jamás podrá iluminar las tinieblas con que una idea tan pavorosa debe necesariamente ensombrecer la imaginación; y en una persona sabia y virtuosa todo el pesar de la más acongojante adversidad nunca podrá neutralizar la jovialidad que necesariamente brota de la convicción sistemática y cabal de la verdad de la doctrina opuesta.

El individuo sabio y virtuoso está siempre dispuesto a que su propio interés particular sea sacrificado al interés general de su estamento o grupo. También está dispuesto en todo momento a que el interés de ese estamento o grupo sea sacrificado al interés mayor del estado, del que es una parte subordinada. Debe por tanto estar igualmente dispuesto a que todos esos intereses inferiores sean sacrificados al mayor interés del universo, al interés de la gran sociedad de todos los seres sensibles e inteligentes, de los que el mismo Dios es inmediato administrador y director. Si está en él profundamente arraigada la sistemática y cabal convicción de que este Ser benevolente y omisciente no admite en su sistema de gobierno ningún mal parcial que no sea necesario para el bien universal, debe ponderar todos los infortunios que pueden sobrevenirle a él, a sus amigos, su grupo o su país, en tanto que necesarios para la prosperidad del universo, y por consiguiente

como algo a lo que no sólo debe someterse con resignación sino algo que él mismo, de haber sido consciente de todas las conexiones e interdependencias de las cosas, debió sincera y devotamente haber deseado.

Tan magnánima resignación ante la voluntad del insigne Director del universo no se halla en ningún aspecto por encima de la capacidad de la naturaleza humana. Los buenos soldados, que aman a su general y confían en él, muchas veces marchan con más ufanía y alacridad a una misión desesperada, de la que no cabe soñar en regresar, que a una desprovista de dificultad y riesgo. Al emprender el camino hacia esta última, no pueden sentir más que la pesadez del deber cotidiano; al marchar hacia aquella sienten que realizan el esfuerzo más noble que puede acometer el hombre. Saben que su general no les habría ordenado esa misión si no fuese indispensable para la seguridad del ejército, para la victoria en la guerra. De buena gana sacrifican sus pequeñas realidades a la prosperidad de una realidad más importante. Se despiden afectuosamente de sus camaradas, deseándoles felicidad y éxitos, y marchan después no sólo con sumisa obediencia sino a menudo con gritos de la más alborozada exultación hacia esa misión fatal, pero espléndida y honorable, para la que han sido designados. Ningún conductor de ejércitos puede merecer una confianza más ilimitada, un afecto más ardiente y fervoroso, que el gran Conductor del universo. En los mayores desastres tanto públicos como privados, un hombre sabio debe considerar que él mismo, sus amigos y compatriotas, han recibido la orden de acometer la misión desesperada del universo, una orden que nunca habrían recibido si no fuese indispensable para el bien del conjunto, y que su deber no sólo radica en someterse con humilde resignación a su suerte sino abrazarla con presteza y regocijo. Está claro que una persona sabia tiene que

ser capaz de hacer lo que un buen soldado siempre está dispuesto a hacer.

La idea del Ser divino, cuya benevolencia y sabiduría desde toda la eternidad ha planeado y conducido la inmensa maquinaria del universo de forma de producir en todo momento la mayor cantidad posible de felicidad, es sin duda el más sublime de los objetos de la contemplación humana. Cualquier otro pensamiento necesariamente parece inferior en comparación. La persona que creemos principalmente ocupada en esa sublime contemplación rara vez deja de ser objeto de nuestra máxima veneración, y aunque su vida resulte exclusivamente contemplativa, casi siempre la juzgamos con una especie de respeto religioso muy superior a aquél con el que evaluamos al más diligente y útil servidor de la comunidad. Las *Meditaciones* de Marco Antonino [Marco Aurelio], que giran sobre todo en torno a este tema, han contribuido quizá más a la admiración generalizada de su personalidad que todas las medidas de su justo, compasivo y benéfico reinado.

Pero la administración del gran sistema del universo, el cuidado de la felicidad universal de todos los seres racionales y sensibles, es la labor de Dios, no del hombre. Al ser humano le corresponde un distrito mucho más humilde, pero mucho más adecuado a la debilidad de sus poderes y la estrechez de su comprensión: el cuidado de su propia felicidad, de la de su familia, sus amigos, su país; y el estar ocupado en la contemplación del distrito más sublime nunca puede servir de excusa para que abandone el más modesto. Jamás debe exponerse a la acusación que Avidio Casio lanzó contra Marco Antonino: que mientras se abocaba a especulaciones filosóficas y contemplaba la prosperidad del universo, se olvidaba de la del Imperio Romano. La teoría más sublime del filósofo contemplativo no puede compensar la inobservancia del menor de los deberes activos.